

VICO, ENSAYADOR*

José Villalobos

(Real Academia Sevillana de Buenas Letras)

RESUMEN: Este escrito ensaya sobre la esencia de la filosofía y el tratamiento viquiano de la misma; y defiende la condición de filósofo ensayador frente al “pantólogo”.

PALABRAS CLAVE: Vico, filosofía, ensayador, pantólogo.

ABSTRACT: This paper is an essay about the essence of philosophy and its Vichian understanding. It defends the condition of essayist-philosopher, in contrasts to the “pantologist”.

KEYWORDS: Vico, philosophy, essayist, pantologist.

1. Razón diligente y razón perezosa

En esta ponencia trataremos sobre la esencia de la filosofía, y el tratamiento viquiano de la misma.

La esencia de la filosofía no se puede fijar de modo abstracto en cada tiempo; para mostrarla hay que buscar la virtualidad originaria –la ontología griega–, que cada época la subraya limpiándola de las adherencias acumuladas en su decoro. La filosofía, como un gran río, surge de una fuente con escasas y claras aguas, que en su correr se tornan caudalosas y sucias; todo ello, sin perder nunca el agua primigenia. Ésa es la tarea de todo pensador radical a la altura del tiempo actual. Ya señaló Husserl (*Erste Philosophie*) que la idea de filosofía descubierta por Platón “determina todos sus desarrollos posteriores”.

En lo que sigue vamos a contraponer dos posiciones respecto a la esencia de la filosofía en nuestros días: el filósofo como “ensayador” –*saggiatore*– frente al filósofo como “pantólogo”.

Este artículo responde a una invitación expresa por parte de la Dirección de la Revista para este volumen especial de aniversario, habiendo superado los criterios de valoración y del proceso de aceptación.

*Publicado originalmente en *Il mondo di Vico/Vico nel mondo*, a cargo de FRANCO RATTO (ED.), Edizioni Guerra, Perugia, 2000, pp. 135-142. Reproducido con el permiso del autor.

Partimos del hecho del ensayador como el filósofo que intenta sopesar las cuestiones filosóficas con una balanza de precisión –en la afortunada metáfora de Galileo–, sabiendo que no se puede conocer todo y mucho menos acercarse a la totalidad de la verdad; sólo cabe ser tentativo y, por arriesgar, ser filósofos creadores. Es la actitud que muestra Galileo en su libro *Il Saggiatore* o Leibniz en los *Essais de Theodicée*.

Los “pantólogos” ejercen en la creencia de poder opinar arrogantemente de todo y de modo definitivo y cerrado; pretendiendo ser novedosamente ocurrentes, sólo alcanzan a ser repetidores. El término “pantólogo” –neologismo de fácil construcción desde el griego– viene a designar a aquellos (hoy día en especial, pero es un tipo de todo tiempo) que hablan de todo –elecciones políticas, carreras de caballos, racismo, clonación, etc.– sin fundamentar sus opiniones en principios, y dándoles un leve tufo enciclopédico.

La lucha filosófica hoy día se libra entre ensayadores y pantólogos. Dicho en términos metafóricos –comprensibles para cualquier conocedor de la cultura española– es la autenticidad de Don Quijote frente a la impostura de los bachilleres, curas y barberos. Interpretar este hecho nos conduce a caracterizar fenomenológicamente los diversos modos de hacer filosofía.

El pantólogo ejerce la razón “*more moderno*” –razón racionalista, pero ya fragmentada que siguen epigonalmente los sedicentes post-modernos–. Es una filosofía incapaz de crear personalmente, cuyos seguidores –acomplejados ante la razón racionalista de la ciencia positiva– realizan nuevos comentarios a lo que otros hacen; son incapaces de crear arriesgadamente –por cobardía ante la empresa– y se confiesan escépticos o relativistas ante la verdad de las cosas. La pantología es “razón perezosa”; por ello, los pantólogos no realizan un esfuerzo por la verdad, sino que sucumben impotentes en el mero subjetivismo: filosofía es lo que hace el sujeto, sin atender a los contenidos de las objetividades estudiadas. No hay campo temático que se le resista, pues lo que tendrá valor especulativo será la opinión subjetivista que expone, creyendo con suficiencia, además, decir la última palabra.

Para el filósofo ensayador, la filosofía es un conocimiento amante de la cosa “*more radicali*”; reencuentra lo siempre amado que se renueva: a saber, la cosa misma. Es una búsqueda afanosa, como “razón diligente”, que prueba, intenta o ensaya, sabiendo con humildad que su logro no sólo depende del sujeto, sino también de la inagotable riqueza de la realidad.

En pocas palabras, la razón diligente busca humildemente presentarse como “*mathesis universalis*” que analiza los objetos desde el punto de vista ontológico –con una profundidad intensa y no extensa–. Por el contrario, la razón perezosa se abandona con suficiencia a un saber enciclopédico –un saber del todo de modo extenso– que llega a ser, como dijo Vico, “*boria dei dotti*” (señalo los §§ 124-330, y significativamente el § 1111, que es el último de la *Scienza nuova* 1744 en que nos advierte contra ésta). Los pantólogos son “*omphalopsychès*” (literalmente, que

tienen el alma en el ombligo), es decir, no tienen en cuenta los contenidos objetivos sino solamente aquello que le pide el cuerpo, su relativismo subjetivista.

2. Ensayadores y pantólogos: sus tipologías actuales

Una tarea necesaria y a la vez urgente es hacerse cargo de las tipologías que presentan los pantólogos. Realizar una clasificación de sus tipos implica una cierta simplificación, y ello por dos razones: primero, porque la multiplicidad de individuos es tan grande que no se puede atender a todas sus determinaciones; en segundo lugar, porque no son tipos puros sino que en la tipología se dan mezclados.

Los pantólogos los hemos clasificado en “eruditos”, “diletantes” y “divulgadores”; y siguiendo metáforas expresivas de escritores españoles hemos denominado también los tipos del siguiente modo:

- 1) “Escolias” a los eruditos, por ese regusto de poner notas –escolios– de modo anticuado a lo escrito ya por otros. Unamuno, exageradamente, les llamó “masoretas”.
- 2) “Violetos” a los diletantes, según el ensayo de José Cadalso *Los eruditos a la violeta*.
- 3) “Gerundios” a los divulgadores, siguiendo la novela de José Francisco de Isla *Fray Gerundio de Campazas*.

Reservamos para los ensayadores la denominación de “quijotes”, siguiendo a Unamuno; su tipología es única, aunque muy rica en actitudes y proyectos. Confiamos en el dicho del poeta griego, que nos transmite Aristóteles, de que “sólo hay una manera de ser bueno”, aunque de lo que se trata en el asunto de la filosofía sea más de la verdad que de la bondad.

Se podría utilizar otra terminología siguiendo el ensayo de Unamuno sobre Cervantes: frente al “caballero andante” (el filósofo ensayador) se encuentra la tropa formada por los “bachilleres” (eruditos), “curas” (diletantes) y “barberos” (divulgadores), pero nos llevaría muy lejos esta translación metafórica de contenidos, que en terminología viquiana serían “caracteres poéticos”.

Veamos el contenido conceptual presente en esta terminología.

Para el erudito (*escolista*) la filosofía es una sucesión de notas a los textos filosóficos a los que se intenta mensurar “hasta el último cabello”. Reducen su quehacer a comentarios parafrásticos, todo lo brillante que se quiera, pero sin atreverse a arriesgarse con el núcleo de la cuestión. Es un tipo muy habitual en nuestros días que confunde erudición con comprensión, sin recordar la frase de Hegel, en el prólogo de su *Enciclopedia*, que “erudición no es todavía ciencia”. La erudición es necesaria y valiosa; aquí se critica solamente en cuanto pretende sustituir la auténtica filosofía por una mera glosa textual. Los escolias se justifican con su cargante colección de datos en torno a un asunto, que ocultan su *pereza* intelectual en la búsqueda del mismo. La *pereza* es el rasgo fundamental que determina su perfil intelectual.

Para el diletante (*violeto*) la filosofía se convierte en una tarea displicente, que se mira a sí misma en una sublimación de su mera subjetividad. Es un pensamiento debilitado –expectante de novedades y originalidad– que con una hermenéutica vaga y relamida cree fácil lo que es costoso. Es un tipo muy habitual en nuestros días impregnados de la descripción de Kant de la filodoxía, aquellos que gozan con la agitación de los problemas de las cuestiones filosóficas sin interés por lograr soluciones rigurosas y sistemáticas. Están enganchados al fragmento y la frivolidad; así se divierten retóricamente con el lenguaje filosófico. Los violetos (*diletantes*), en fin, ocultan su falta de creatividad, envolviéndola en un fatuo ensimismamiento. El rasgo fundamental que determina su perfil intelectual es la *falta de creatividad*.

Para los divulgadores (*gerundios*) la filosofía ha de alcanzar explicaciones simples –simplificadoras, mejor–, para así llegar a todo hombre –el público, mejor–; convierte una ciencia como la filosofía en un relato pedante y pretencioso que tiene como fin su propia vanagloria –promoción, mejor–. Es un tipo muy habitual hoy día, con presencia y poder intolerante en prensa, radio y televisión, que cuida su imagen sobre todo. Caen de lleno en el dicitario clásico, antiguo y moderno, sobre la filosofía vulgar o filosofía ideológica bajo capa de una mayor difusión de la filosofía. Los gerundios (*divulgadores*), en fin, desarrollan un farragoso discurso, que oculta su rozagante y orgullosa vanidad. El rasgo fundamental que determina su perfil intelectual es su *orgullosa vaciedad* (vacuidad).

Para el filósofo ensayador (*quijote*) la filosofía es un camino largo y apasionante por recorrer en la búsqueda de la verdad. La filosofía es un saber epistémico en el que se siente heredero de lo hecho por otros y, por ello, sin descubrir mediterráneos avanza cuidadosamente en la investigación de las preguntas radicales o fundamentales. El ensayador considera el intento como tarea epistémica, quiere ser tentativo –*peirastikós*, al decir clásico–. El filósofo ensayador tantea la cuestión con miras a descubrir la cosa misma formulándola sistemática y ordenadamente; sabe que la filosofía no es una enciclopedia, sino una profundización del tema que busca la raíz. Es un tipo de filosofía muy presente en nuestros días de un modo plural y libre; el rótulo “mundo-hombre-Dios” puede servirnos para resumir su tarea. El rasgo fundamental que determina su perfil intelectual es la *diligencia* con que realiza su intento y la *humildad* con que acoge sus posibles logros.

3. El mundo de la mente humana

De todo lo dicho se colige que queremos aplicar a Vico la idea de filósofo ensayador. Vico, diríamos, es un pensador auroral que anuncia la filosofía como el oficio de *saggiatore*. Vico lo muestra no sólo en su obra creadora consumada, la *Scienza nuova*, sino también en las técnicas de composición que ha usado y son descritas en su *Vita*, su autobiografía. En su autobiografía descubre el proceso de creación de un ensayador y las diversas fases y medios técnicos de la elaboración de la *Scienza nuova*, a

la vez que describe su tradición teórica, en la que acuna su singularidad. En la *Sn 1744* Vico supera, técnicamente, la razón racionalista, que, por abstracta, se aleja de la vida; por ello asume una razón radical que integra el mundo físico, pero incide de modo fundamental sobre el mundo humano. Además, Vico se inserta dentro de la tradición teórica que parte de los principios del derecho (derecho romano y derecho cristiano) para llegar a una interpretación nueva y sugerente de la historia y del hombre.

Realizaremos nuestra tarea en dos apartados:

- 1) El primero referido a los contenidos viquianos: el mundo de la mente humana.
- 2) El segundo referido al método viquiano (la tópica).

Por lo que se refiere a los contenidos, la filosofía de Vico se mueve en el terreno de la metafísica, como declara nada más comenzar la *Sn 1744* (§ 2), al explicar el grabado alegórico que encabeza la edición. Las representaciones sensibles son explicadas en función de la idea a la que se refieren.

En primer lugar, la mujer de sienes aladas –que se posa sobre el globo terráqueo o mundo– “representa” la metafísica. En segundo lugar, el triángulo, con un ojo en su interior, “representa” a Dios bajo el aspecto de providencia: “aspecto bajo el cual” –dice Vico– “la metafísica lo contempla en actitud estática por encima del orden de las cosas naturales”. En tercer lugar, la novedad de esta *Sn* consiste en contemplar el mundo de la mente humana –mundo civil o mundo de las naciones–, que está “representado” por los jeroglíficos al pie de la ilustración.

Vico, partiendo de la representación, quiere analizar los contenidos. Mundo-hombre-Dios son los contenidos de la filosofía viquiana. El mundo no lo tratará en cuanto “naturaleza” –que deja a la consideración de la filosofía racionalista de stirpe cartesiana–, sino sólo –podríamos decir nosotros– en cuanto mundaneidad del hombre. Por eso Vico ha descrito múltiples veces (p.e., en los §§ 129, 333, 360) lo que llama los “tres principios” de su filosofía: a saber, primero la providencia divina; segundo, la moderación de los seres humanos en el matrimonio; tercero, la inmortalidad del alma (como se revela en las sepulturas). Esto nos lleva a los tres objetos metafísicos:

- el conocimiento de Dios
- la socialidad del hombre
- la inmortalidad del hombre.

La cuestión del hombre es tratada al estudiar lo que denomina el “mundo civil”. No puede partir de los escritos de filólogos o de filósofos, precisamente por la vanidad (*boria*) que muestran –uno de los rasgos del pantólogo destacado antes por nosotros–; de ahí que “en esta investigación debemos hacernos la cuenta de que no hubiese libros en el mundo” (§ 330), y así Vico ensaya otra vía.

Vico toma como punto de partida “la siguiente verdad, que de ningún modo puede ponerse en duda: que este mundo civil ha sido hecho ciertamente por los hombres”; de ahí que los hombres puedan intentar y lograr una ciencia “por ser ellos quienes lo han hecho” (§ 331).

Este punto de partida del ensayador Vico es realmente decisivo para su tarea epistémica: el hombre es creador de l mundo humano, por eso lo conoce. Resuena la tesis de Leibniz en los *Essais de Theodicée* (§ 400): “en mi opinión toda sustancia simple [el hombre] debe ser la verdadera causa inmediata de todas sus acciones y pasiones internas, y hablando en rigor metafísico, no tiene otras que las que ella produce”. Guglielmi, Mathieu y otros han estudiado las fuentes leibnicianas del pensamiento viquiano; consideramos que es una vía muy fructífera, porque Leibniz rebasa los límites racionalistas cartesianos y fue –en lo que pudiera conocer Vico de la obra editada leibniciana– un estímulo para su investigación.

En el conocimiento metafísico de Dios existe el problema del comienzo, de dónde partir. Todos los hombres, por salvajes que sean, tienen “algún conocimiento de Dios” (*Sn 1744*, § 341). Este cierto conocimiento parte del deseo, que anticipa en cierto modo ese conocimiento: “el hombre, caído en la desesperación respecto a todos los auxilios de la naturaleza, desea una cosa superior que lo salve”. Conocimiento y praxis (deseo) unidos en el tratamiento de Dios.

Los caracteres fundamentales de Dios son la omnipotencia, la sabiduría y la bondad (§ 343). Son los mismos caracteres que según Leibniz en la *Teodicea* le corresponden a Dios; aunque conviene añadir que este pensamiento es habitual en la tradición occidental, por ello no abundaremos. Estos caracteres de Dios valen a su vez como prueba de la existencia de Dios como poder, sabiduría y bondad, pues “nos proporcionarán la naturaleza, el orden y el fin, que es la conservación del género humano” (§ 344); y ello a pesar de que “[las cosas] a menudo son contrarias a los propósitos de los hombres, y no obstante adecuadas a ellos por sí mismas”. La providencia en Vico juega el mismo papel que en Leibniz: produce un orden general aunque se caiga en un caos individual. Dice Leibniz (§ 241 de la *Teodicea*): sucede alguna vez que “con las apariencias de regularidad [...] que vienen a parar en un gran orden, cuando se llega a profundizarlas, y por esta razón he dicho antes que, según mis principios, todos los sucesos individuales, sin excepción, son resultados de resultados generales”. La providencia juega en el ámbito del hombre el papel de máximo ordenador de voluntades humanas contrapuestas, principio que explica el despliegue y desarrollo de la historia con una finalidad. Esta temática ha sido destacada por J.M. Sevilla en su artículo sobre la providencia viquiana, hablando de la “heterogénesis de los fines” en la historia.

4. Vocabulario mental

En lo referente al método de la filosofía viquiana también encontramos los rasgos definitorios del ensayador. Nos detendremos brevemente en: 1) El objetivo metodológico, y los modelos históricos con los que dialoga Vico. 2) Cómo trata los contenidos hasta desembocar en un vocabulario mental a través de la “tópica”.

La filosofía viquiana busca un método en que pueda expresarse: “esta ciencia procede con un riguroso análisis” (*Sn 1744*, § 347); la ciencia es una metafísica

de la mente humana, y –añade poco después (§ 349)– “esta ciencia procede del mismo modo que la geometría”; si bien esta chocante afirmación es matizada del siguiente modo: “la cual [geometría], mientras construye o medita sobre sus elementos, ella misma produce el mundo de las dimensiones”. Coincide con la afirmación, ya analizada por nosotros, de que la ciencia del mundo civil puede ser alcanzada porque se basa en hechos realizados por los mismos hombres.

Vico defiende un modo de rigurosidad científica diferente de la cartesiana; diríamos en el lenguaje acuñado posteriormente que en Descartes se da una “razón pura” y en Vico una “razón poética”; aunque ambas, en nuestra opinión, son necesarias y complementarias para la comprensión de la razón. Tal vez nos acerque a ello la comparación de la filosofía con otro producto cultural como es la ópera. En la famosa *Querelle des buffons* se discutía en la corte de Luis XIV la primacía entre la ópera bufa napolitana o la ópera seria francesa (la *tragedie lyrique*). La ópera napolitana está representada por los nombres de Provenzale, Vinci, Leo y Cimarosa; la ópera francesa se puede simbolizar en Lully. Diríamos que la tragedia lírica es la música racionalista de la época por su narración lineal y sistemática; mientras que la ópera napolitana –y Vico es napolitano– representa la riqueza de ideas y su expresión esplendorosa, unida a una acción narrativa, inventiva e ingeniosa. Escoger entre estos dos modos de música es tan difícil, pues a nuestro juicio no son antagónicas sino complementarias, como escoger entre Vico y Descartes en una pretendida *querelle*.

La contraposición al método crítico de Descartes ya era el hilo conductor de Vico desde el *De nostri temporis studiorum ratione* (1708), opuesto a su método tópico. Para Vico el método crítico tiene inconvenientes para los que lo siguen, entre otros, que “ni se conduzcan en la vida civil con suficiente prudencia, ni sepan de manera suficiente teñir su discurso de moral ni inflamarlo de emociones –*affectibus inflammare satis sciunt*–” (cap. VII). A *sensu contrario* el método tópico lograría esos objetivos, entre los cuales estaría la finalidad de la música para Monteverdi: *muovere gli affetti*, en una sorprendente coincidencia terminológica. Igual que la música barroca mueve a los afectos al oyente musical, la filosofía barroca viquiana mueve a los afectos al lector filosófico.

Vico desarrolla este método en diálogo con los cuatro autores a los que considera modelos de su filosofar (G. Vico, *Autobiografía*, Buenos Aires, Aguilar, 1970, p. 72; citaremos por esta edición). Son estos autores Platón, Tácito, Bacon y Grocio, que influyen en la realización de sus obras y en especial en la *Scienza nuova*.

Vico contempla “con ironía” las explicaciones del materialismo sensista, y ello “no hizo más que servirle de acicate para afianzarse en las doctrinas de Platón” (*Autob.*, pp. 37-38). Para Platón, según Vico, las ideas son el principio de todas las cosas, y son descritas como algo que está *en* nuestra mente, pero que a la vez no son nuestras, esto es, que son eternas. Por eso concluye que las ideas “tienen más realidad que las [sustancias] corpóreas” (*Autob.*, p. 39). Y más adelante califica de *scien-*

za universale (p. 52) la tarea de Platón, que a nuestro juicio servirá a Vico en su intento de un vocabulario mental.

De Tácito recibe consejos sobre los acontecimientos de la fortuna e infortunio del hombre, pues Tácito contempla al hombre tal cual es y no tal cual debiera ser. Vico recibe de este autor incentivos sobre la riqueza múltiple de la conducta humana. De Bacon le atrae su interés por todas las ciencias y su incitación al estudio del mundo de las letras, en el que había mucho por buscar y promover. Bacon es el modelo a seguir en el uso de la razón en una construcción típica del método filosófico. Por último, de Grocio le atrae su “sistema de derecho universal”; encuentra en este iusnaturalista un material antropológico y jurídico que le amplía su visión del hombre y de la filosofía.

Pasemos al segundo punto. Vico construye su filosofía siguiendo un discurso metodológico en consonancia con los “cuatro autores” citados; y se expone en el libro II de la *Sn* al hablar de la “Sabiduría poética”. Poética viene de “poiesis” que podemos traducir por creación: Vico quiere hacer una filosofía creadora; por ello acomete a lo largo de este segundo libro una metafísica poética, una lógica poética, una moral poética, etc. En el § 35 de la *Scienza nuova* nos presenta la primera edición de la Ciencia Nueva (1725) como un *saggio* –ensayo– sobre las significaciones de ese *vocabolario mentale* que servirá a la construcción de una “historia ideal eterna” (*Sn* 1744, entre otros, §§ 114, 145, 445, 542).

Este vocabulario mental de las cosas humanas debe construirse siguiendo el criterio de los tres principios –Dios, matrimonios, inmortalidad–. Estas tres cuestiones deben acogerse al método expuesto: “estos deben ser los confines de la razón humana; y quien quiera ir fuera de ellos, que vigile de no salirse fuera de toda humanidad” (§ 368, que es el último párrafo antes de entrar al libro II en el que describe la sabiduría poética). Vico, como hijo de la era ilustrada, también fija los límites de la razón poética; más tarde Kant fijaría los límites de la razón pura.

Preguntémonos, ¿qué paralelismo existe entre la “ciencia universal” de Platón –que cita el mismo Vico–, la *scientia generalis* de Leibniz y el vocabulario mental de Vico? La *mathesis universalis* leibniziana no sólo es deductiva –sistematiza lo ya conocido–, sino que es *ars inventiva*, y desde luego no es una reunión enciclopédica de todas las cuestiones, sino tratamiento desde principios ontológicos de todo lo real.

Vico va a hacer un análisis de toda la sabiduría poética –el mundo civil, pero –en paralelo con Leibniz– tampoco tiene pretensiones de enciclopedia (como después pretenderán ilusamente los ilustrados franceses), sino un “ensayo” que pretende desde “principios” ver la naturaleza de las cosas humanas. Es, pues, Vico, un filósofo ensayador que corrige su obra para perfeccionarla, ya que estos cambios “dan la belleza a la verdad, con la cual únicamente goza y se deleita la mente humana” (*Autob.*, p. 124). *Gaudium de veritate* o gozo de la verdad del filósofo ensayador, frente al pantólogo que busca y exige la “*fascinatio nugacitatis*” –fascinación de la frivolidad–.

* * *